El grupo paranoide

Capítulo 8

La guerra y los guerreros

PEDRO CUBERO BROS

ÍNDICE

La guerra

Los guerreros

La guerra

En la primera parte de este libro se ha expuesto la idea de que la activación paranoide puede simplemente constituir un estado transitorio y "normal" del individuo que revierte con el simple paso del tiempo o el cambio de las circunstancias.

Saltando al plano colectivo, existe un excelente ejemplo de una paranoidización también transitoria: la guerra. Efectivamente, más allá de las definiciones técnicas, que tienden a limitarla a los enfrentamientos armados y a sus preparativos, la guerra es un *estado psicosocial* con unos perfiles propios reconocibles. Se puede estar en ese estado, el del pie de guerra, sin disparar un solo tiro. Y, viceversa, un Estado puede participar en un enfrentamiento armado sin que realmente el país se encuentre *en pie de guerra*.

> Así pues, las teorías que nos han legado las guerras modernas podrían resumirse a grandes rasgos de esta forma. La guerra es un medio, arriesgado, eso sí, por el que los hombres tratan de defender sus intereses colectivos y mejorar su forma de vida; o, alternativamente, la guerra deriva de impulsos subracionales no muy distintos de los que llevan a los individuos a cometer crímenes violentos. En nuestros tiempos, la mayoría de la gente parece adherirse a ambos puntos de vista simultáneamente, reconociendo por un lado que la guerra es una empresa beneficiosa, dirigida a satisfacer las necesidades materiales de los grupos contendientes, y, por otro, que la guerra responde a necesidades psicológicas profundas e 'irracionales'. La primera parte de esta afirmación es incuestionable, es decir, las guerras se orientan, al menos en apariencia, a garantizar el acceso a bienes indispensables como lo son el territorio, el petróleo o las 'ventajas geopolíticas'. El misterio radica en el peculiar poder psicológico que la guerra ejerce sobre el ser humano (1).

Este poder psicológico, se quiso relacionar, partiendo de la teoría de los instintos, con la necesidad de satisfacer un impulso agresivo innato y universal.

> En las décadas de 1960 y 1970, el debate sobre la psicología de la guerra se centró en el concepto de un 'instinto agresivo'característico del ser humano o quizá solo de los machos de la especie humana (1).

Sin embargo, la relación entre guerra y agresividad no es tan simple. Existen guerras en las que la agresividad es innecesaria e incluso nociva.

> El combate cuerpo a cuerpo puede suscitar emociones como la ira y la agresividad, e incluso requerirlas, aunque solo sea para desencadenar en el organismo la necesaria actividad muscular. Ahora bien, en el caso de las armas empleadas a larga distancia, como fusiles, arcos y flechas, las emociones de todo tipo más bien pueden ser una seria desventaja. La frialdad y la capacidad para continuar apuntando y disparando constantemente bajo el fuego enemigo es lo más importante. Por ello, tal como afirma el distinguido especialista estadounidense en historia militar Robert L. O'Connell, la aparición de las armas de fuego en los siglos XV y XVI provocó un cambio en la personalidad ideal del guerrero, que ya no debía poseer una 'agresividad feroz', sino un 'desdén pasivo (1).

En consecuencia,

> Dicho de otro modo, la guerra es una actividad compleja y colectiva que no puede explicarse a partir de un instinto guerrero que reside en la psique individual (1).

La guerra, eso parece, no se debe a la presión de un "instinto agresivo" que, siguiendo el modelo hidráulico de los primeros etólogos, necesita descargarse periódicamente. Pero la guerra, de todos modos, sí se relaciona con un estado psicológico peculiar nítidamente diferenciado del normal.

> No deja de ser sorprendente que, hasta en el fragor de la batalla, pocos hombres se resignan a disparar directamente contra enemigos individuales. Como cualquier sargento de instrucción podría atestiguar, hay una diferencia notable entre un hombre o un muchacho comunes y corrientes y un asesino eficaz. Es necesario que tenga lugar una transformación: el hombre o el muchacho se desprenden de su personalidad habitual para convertirse en seres distintos por completo, y puede que incluso adopten un nuevo nombre. A pequeña escala, en las sociedades tradicionales, el cambio solía efectuarse mediante un rito en que se batían tambores, se bailaba, se ayunaba y se practicaba la abstinencia sexual… Todo ello contribuye a elevar al hombre por encima de su existencia cotidiana y a situarlo en un nuevo modo de ser guerrero, que se manifestaba en la pintura corporal, las máscaras y los tocados especiales (1).

Por lo general, la mutación del hombre común en un guerrero homicida es un fenómeno colectivo, que se produce en varios individuos a la vez, tras ser sometidos a un conjunto de estímulos, a un entrenamiento, también a la vez. En determinadas circunstancias, la mencionada transformación no se produce únicamente en los luchadores llamados al combate, sino en la sociedad en su conjunto.

> Nacionalismo
>
> No solo los guerreros poseen el privilegio de experimentar la profunda transformación psicológica que separa la paz de la guerra. Sociedades enteras pueden dejarse arrastrar a una suerte de 'estado alterado' que se caracteriza por la intensidad emocional y por la obsesión con unos tótems representativos de la colectividad, ya sean imágenes sagradas o escarapelas amarillas y banderas, como en nuestros tiempos. Así, por ejemplo, el estallido de la Primera Guerra Mundial desencadenó un auténtico frenesí de entusiasmo tanto entre los no combatientes como en los reclutas en potencia, y no era un entusiasmo por matar, por el botín o por la 'expansión imperialista', sino por ideales mucho más elevados.
>
> Aunque el pueblo de Gran Bretaña se había opuesto en bloque a la participación en la guerra hasta que ésta se declaró, en ese momento las enardecidas multitudes se lanzaron a la calle y rodearon el palacio de Buckingham durante días y días. En Berlín, las masas salieron a la calle 'como si un río humano se hubiera desbordado de sus orillas e inundado el mundo'. En San Petesburgo, el populacho quemaba los muebles de la embajada alemana mientras las mujeres se arrancaban los vestidos y se los ofrecían a los soldados en medio de una plaza pública. Cuando los Estados Unidos se sumaron a la contienda, el 6 de abril de 1917, los espectadores de la Metropolitan Opera House de Nueva York se pusieron en pie y acogieron la noticia con una 'atronadora y prolongada ovación (1).

Ciertamente, algunas sociedades parecen no haber conocido nunca este "estado alterado", notablemente nuestros antepasados cazadores-recolectores paleolíticos. Pero, una vez se pone en marcha, se manifiesta en un conjunto de rasgos universales. En poco se diferencian la "intensidad emocional" y la "obsesión por los tótems representativos" de los varones de cualquier pequeña tribu dispuestos a vengarse del poblado vecino por haber empleado contra ellos la brujería, de la "intensidad emocional" y la "obsesión por los tótems representativos" de los exaltados patriotas dispuestos a recuperar un pequeño valle que creen que les pertenece, y a morir por ello si hace falta, o listos para castigar a otra nación por una afrenta recientemente sufrida.

Hay que añadir que la “intensidad emocional” y la “obsesión por los tótems representativos” son, como tendremos ocasión de ver, rasgos característicos del conjunto de grupos de contagio paranoide y no únicamente de las sociedades en *pie de guerra*, si bien en el primer caso se trataría de unos rasgos relativamente estables en el tiempo mientras que en el segundo habitualmente aparecen y desaparecen con cierta brusquedad. Pero no acaban aquí las similitudes entre las sociedades en el “estado alterado” del pie de guerra y los grupos que hemos identificado como GCP. En la guerra, por ejemplo, las colectividades humanas devienen *altamente cohesionadas* y propensas a que en su seno se brotan, se difunden y arraigan con insólita facilidad las *creencias paranoides*…

Los guerreros

En las llamadas sociedades tribales la guerra implica al conjunto de los integrantes del clan familiar o del poblado, o de la propia tribu o, para ser más precisos, al conjunto de los varones adultos y en buena forma física, que se movilizan en bloque para combatir al enemigo, abandonando durante algún tiempo sus habituales ocupaciones agrícolas o la caza. Con el aumento de la complejidad de los sistemas sociales y la emergencia de las primeras “sociedades de jefatura”, la guerra pasaría a ser responsabilidad de una elite noble especializada en la misma.

El potencial para la movilización general de una población, propio de las primitivas tribus, no reaparecería hasta la emergencia de la moderna Nación, en la que los hombres entregaban al menos un año de su vida al entrenamiento militar, permaneciendo posteriormente en situación de permanente disponibilidad para su patria. Una patria que, en caso de guerra, también moviliza al resto de la sociedad (mujeres, niños, ancianos, enfermos, hombres adultos no llamados a combatir...), en la retaguardia, para el logro de la victoria.

Porque durante los milenios transcurridos entre el momento en que las sociedades tribales fueron paulatinamente sustituidas por sociedades de jefatura y el momento en que irrumpió el Estado-Nación en la historia, la guerra ha sido una actividad exclusiva de unas elites que han hecho de la misma algo más que una profesión o un estilo de vida. Al decir de Barbara Ehrenreich (1), una verdadera religión, centrada en el heroísmo, la solidaridad entre compañeros, la fidelidad al jefe, la exaltación de la muerte en combate —la forma más digna y deseable de terminar—, y la provocación de intensas emociones mediante la

participación en la guerra y, en tiempos de paz, mediante la rememoración repetitiva de las hazañas pasadas.

> Guerreros
>
> Para quienes no guerreaban –los campesinos, por ejemplo, que se encontraban muchas veces en medio de hordas guerreras enfrentadas- la guerra puede ser una catástrofe de las dimensiones de una peste o una hambruna. Mas, para el guerrero, la guerra es la vida misma, o, cuando menos, la buena vida, esa que las mujeres y los campesinos nunca pueden compartir por completo. La guerra le proporciona aventuras, camaradería, emociones intensas, la prueba de su hombría, posiblemente nuevos territorios y botines, y, además, la posibilidad siempre presente de una 'muerte gloriosa', que, en lugar de la muerte, significa la fama eterna. Entre una guerra y otra, el guerrero mantiene viva la memoria de estos dones recitando poemas épicos y canciones de gesta, los revive en duelos y torneos, y los festeja con boato guerrero. Las elites guerreras de tiempos antiguos se habrían sentido reflejadas en las palabras del joven *freikorpsmann* alemán que escribió, poco después de la Primera Guerra Mundial, 'nos decían que la Guerra había terminado. Eso nos causaba risa. Nosotros mismos somos la Guerra (1).

A estas elites guerreras se pertenecía principalmente por haber nacido en su seno. Siempre marcaron una gruesa línea de separación entre ellas mismas y la masa de campesinos y artesanos de la que dependían para su subsistencia y para abastecerse de armas (espadas, armaduras, caballos...), una masa a la que imponían la esclavitud u otras formas de sometimiento.

> Guerreros
>
> La elite guerrera necesita ser alimentada y, en parte a causa del desgaste de energía muscular que comporta su manera de combatir, debe serlo mejor que quienes se dedican a cultivar los campos. También necesita ropas y alojamiento. Y sus caballos requieren asimismo cuidados, alimentos y cobijo. Mas el guerrero nunca siembra ni cosecha y, desde el punto de vista de la gente común, sólo se le puede considerar un productor de catástrofes y muertes. Los guerreros cretenses del siglo XIX a. C. cantaban, con orgullo, quizá, o tal vez con cierta ironía:
> 'Mi riqueza son mi lanza y mi espada, y el sólido escudo que protege mi carne; con ellos aro, con ellos cosecho, con ellos piso el dulce vino de las uvas, con ellos adquiero el derecho a dominar a los siervos (1).

De todos modos, los guerreros han preferido casi siempre verse a sí mimos como los protectores antes que como los parásitos de sus sometidos, cuya defensa justificaría su propia existencia. Efectivamente, los campesinos y sirvientes necesitaban ser defendidos de otras hordas guerreras, potencialmente más destructivas que sus propios señores. La situación de privilegio se justificaba asimismo por una supuesta superioridad moral, derivada de la adopción de unos códigos éticos y de conducta que sorprenden por su universalidad. El *bushido* (código de conducta de los samurais) constituye una variante local que destaca más por su rigorismo que por su originalidad.

> Guerreros. El bushido samurai
>
> El bushido es, por tanto, el código de principios morales que los caballeros hagbían de acatar, y en el que se les instruía. No es un código escrito; en el mejor de los casos, consiste en unas cuantas máximas que se transmitían de boca en boca o que procedían de la pluma de algún guerrero o erudito famoso [...] No procede de las ideas de un solo cerebro, por muy capaz que éste fuese, ni de la vida de un solo personaje, por muy famoso que fuera. Se constituyó a partir de un desarrollo orgánico de décadas y siglos de carrera militar (3).

Entre las elites o castas guerreras que dominaban los grandes Imperios de la Antigüedad, o los ejércitos bárbaros que se desplazaban con sus esclavos, lo mismo saqueando, que ocupando y cultivando territorios (sus esclavos, por supuesto), que arrendando su actividad militar a los romanos, o los ejércitos de jinetes mongoles que, antes que someter a las poblaciones campesinas, preferían saquearlas y exterminarlas, o los samuráis y los caballeros feudales europeos... existe un nexo que va más allá de la obviedad de que practicaban la misma profesión. Todos ellos se sintieron orgullosos de pertenecer a tal o cual antiguo linaje y deseosos de exhibir sus emblemas, todos ellos se vieron a sí mismos como profundamente distintos de los campesinos y demás grupos laboriosos, con quienes evitaron mezclarse, todos hallaron en la camaradería, la obediencia al jefe y las emociones que despierta la guerra el sentido de su existencia, todos ellos ensalzaron la guerra como la más elevada de las actividades humanas y todos, con pocas excepciones, encumbraron a la muerte en el campo de la batalla como el más deseable de los destinos.

Y es que los miembro de las elites guerreras tradicionales se preparaban desde su más tierna infancia para aceptar –e incluso buscar activamente- una muerte heroica en el fragor de la contienda, así como para someterse a un jefe y compartir su destino con otros guerreros como ellos. Se necesitaban a unos y otros como al aire que respiraban. Se habían educado

para *vivir permanentemente en pie de guerra*, o al menos lo intentaban. Al efecto, debían adquirir unos conocimientos, perfeccionar una habilidades y someterse a una disciplina específicos, propios de la profesión. Pero eso no bastaba para ser un valiente guerrero. Hacía falta también mantener una especial disposición anímica, que no puede interpretarse más que como una *activación paranoide*, en la que emergen de un modo diáfano los temas recurrentes del universo paranoide: la fidelidad a los grupos *altamente cohesionados*, la *rigidez cognitiva*, la obsesión con los *enemigos* (un papel que, en este caso, es jugado por otros guerreros)… y el *sentimiento de superioridad*.

> Guerreros
>
> Los guerreros sin duda contemplarían a sus congéneres desde las alturas de quien pertenece a una especie mucho mejor dotada. Sus caballos les otorgaban una altura sobrehumana, sus armaduras servían de rutilantes exoesqueletos de los que salían afiladas armas a modo de colmillos y garras, y sus blasones a veces proclamaban su parentesco con leones, leopardos, águilas u otros animales terroríficos (1).

REFERENCIAS

1. Ehrenreich, Barbara. Ritos de sangre. Madrid: Espasa Calpe; 2000.

2. Harris, Marvin. Vacas, cerdos, guerras y brujas. Madrid (España): Alianza Editorial; 1996.

3. Nitobe, Inazo. Bushido. El espíritu de Japon. Móstoles (España): Dojo Ediciones; 2010. Título original: Bushido. The soul of Japan. Editado originalmente en 1900 por The Leeds & Bible, Co. (Filadelfia) y Shokabo (Tokio).